

vos epígrafes ocupan otros tantos capítulos de este libro, que termina con unas conclusiones en las que su autor sintetiza lo expuesto en sus 125 págs.

EMILIO SERRANO VILLAFAÑE

*La Métaphysique et l'ouverture à l'expérience. Seconds Entretiens de Rome*, publié sous la direction de Ferdinand Gonseth. Presses Universitaires de France. Paris, 1960; 296 págs., 23 × 14,5 cm.

Es este ya el segundo volumen fruto de las Conversaciones del Centro Romano de Comparación y de Síntesis. El primero, con el título de *Philosophie néo-scholastique et philosophie ouverte*, se publicó, también bajo la dirección de Gonseth y por la misma editorial, en 1954.

Este tomo no es propiamente un tomo de Actas. Su contenido está formado por el intercambio de textos verificado previamente entre los participantes, que son los siguientes: Gonseth, Breton, Filiasi-Carcano, Gawronski, Boyer, Thum, Morandini, Selvagi, Tonini.

Consta de tres partes. En la primera se da el planteamiento a base de una ponencia desarrollada por Gonseth, seguida de dos intervenciones, a cargo de Breton y Filiasi-Carcano. La segunda, la discusión propiamente dicha, abarca seis respuestas al ponente general: de Gawronski, Boyer, Thum, Morandini, Selvagi, Tonini. Respuestas que provocan una réplica del propio Gonseth, y finalmente una contrarréplica de cada uno de los interesados. En la tercera parte el mismo ponente Gonseth cierra el debate con la consideración general sobre si «La filosofía abierta constituye una escuela de escepticismo», punto suscitado en medio de las discusiones.

La invocación de una frase del cardenal Mercier como punto de partida, la de que «ciencia y filosofía no forman sino un solo cuerpo», es, por parte de Gonseth, una demanda a la metafísica tradicional que califica como «necesaria», y que supone cerrada a la experiencia, y por tanto, poco de acuerdo con el lema del Cardenal. La experiencia que en concreto se alude aquí no es la de la observación de los sentidos, sino la que supone el hecho en bloque de la ciencia. Este hecho implica realidades de las que la metafísica necesaria no se ha hecho suficientemente cargo. En consecuencia, esa metafísica parece cerrada e incapaz de revisión. Gonseth juzga insuficiente contar con la ciencia a base de una definición de la misma sacada de la filosofía, y, por otra parte, desconfía de la sinceridad de apertura de toda filosofía que no cuente con la eventualidad de autorrevisión como algo inscrito dentro de sus principios.

Pese a la buena voluntad de acercamiento como intención en unos y otros de los participantes en el cambio de opiniones, es curioso observar estas dos cosas: primera, que en la medida que las respuestas a Gonseth se hacen más afirmativas, más desde la filosofía, y en concreto desde la tomista (como son los casos de Boyer y

Morandini), más descorazonada contrarrespuesta provocan en Gonsseth, y, por el contrario, en la medida que las intervenciones son más acordes con la ponencia es de observar una cierta remisión en el rigor filosófico. La segunda observación sería subrayar lo difícil que parece ser el diálogo entre científicos y filósofos, justamente por el hermetismo mutuo con que se pronuncian. Se nota un *quid pro quo* continuo en los debates concretos de este caso que resulta del hecho de ver cómo Gonsseth argumenta contra la falta de apertura de la metafísica tradicional a partir del hecho, llamémosle secundario, de la ciencia; mientras los metafísicos se defienden y contraatacan esgrimiendo el hecho primario de la experiencia del sentido común. Acusación y defensa no se verifican sobre los mismos testimonios; en un caso se aduce la experiencia cualquiera de los sentidos, en el otro la experiencia cualificada de la ciencia. La conclusión que se saca de todo ello es que la buena voluntad de acuerdo conduce en definitiva únicamente a poner de relieve los desacuerdos. Creo que procede reflexionar, a vista de esto, en que si por una parte ha de urgirse la necesidad de apertura de la filosofía hacia la realidad en forma adecuada, y concretamente a la realidad de los científicos, por otro lado se evidencia la necesidad que tienen los científicos, en todo caso los filósofos de la ciencia, de abrirse también al dato que supone la originalidad irreductible de la filosofía. Tan cerrada en su punto de vista nos parece en este libro la posición de Gonsseth, como por el lado contrario, por ejemplo, la de Boyer.

Si del volumen no sacamos un acuerdo en las soluciones, sí se desprende el acuerdo en la existencia del problema. En este sentido es exacta la indicación del prólogo, que ve en estos esfuerzos más que la realidad de unas admisiones compartidas, el síntoma de un compartido deseo de seguir buscando. Digamos, pues, que el libro tiene más interés como síntoma que como tratado, y que ese interés se centra en una cuestión de competencias mentales de la máxima significación, a propósito de un problema que no deja tampoco de tenerla: el de las relaciones entre la Ciencia y la Filosofía.

S. ALVAREZ TURIENZO

MILLER, R. D.: *Schiller and the Ideal of Freedom. A Study of Schiller's Philosophical Works with Chapters on Kant*. Harrogate, The Duchy Press, 1959, VI-122 págs.

La finalidad central de este libro parece ser la demostración de la importancia que Schiller asigna a la noción de libertad. Ello no parece imposible, en principio, a quien conozca los dramas escritos referidos directamente al desarrollo de meditaciones filosóficas.

El concepto de libertad de Schiller depende sustancialmente del concepto kantiano, según el cual la libertad es *ratio essendi* de la ley moral y la ley moral actúa como *ratio cognoscendi* de la libertad.